

ANTONIO CASO Y ANDRADE

Nació en México, D. F., el 19 de diciembre de 1883. Murió en México, D. F., el 6 de marzo de 1946.

Pensador eminente, fue uno de los cerebros más lúcidos y fecundos de la época moderna. Maestro por antonomasia formó con enorme entusiasmo a los pensadores más valiosos de nuestros días; orientó a la opinión pública con valentía e inteligencia y dio muchas batallas en pro de la libertad de expresión, de cátedra y de pensamiento. Fue una de las personalidades más descolantes del Ateneo de la Juventud y a él se debe el fin del positivismo como doctrina oficial. Dio a conocer las tendencias filosóficas más modernas, cultivó la poesía y fue el guía espiritual de toda una generación.

Es autor de las siguientes obras: *Filosofía de la Intuición* (1914); *Problemas filosóficos* (1915); *Filósofos y doctrinas morales* (1915); *Discursos a la Nación Mexicana* (1922); *El concepto de la Historia Universal y la filosofía de los valores* (1923); *El problema de México y la ideología nacional* (1924); *Historia y antología del pensamiento filosófico* (1926); *Sociología genética y sistemática* (1927-1945); *El acto ideatorio* (1934); *Meyerson y la física moderna* (1939); *Positivismo, neopositivismo y fenomenología* (1941); *La persona humana y el Estado Totalitario* (1941); *Filósofos y moralistas franceses* (1943); *Dramma per música: Beethoven, Wagner, Verdi, Debussy* (1920); *La filosofía de Husserl* (1934); *La filosofía francesa contemporánea* (1917); *Nuevos discursos a la Nación Mexicana* (1934); *Principios de estética* (1925); *Positivismo, neopositivismo y fenomenología* (1941); *Filósofos y moralistas franceses: Voltaire, Rousseau, Diderot, Maine de Birán, Renán, Taine, Gratry, Ligneau, Meyerson* (1949); *Problemas filosóficos* (1915); *Doctrinas e ideas* (1919); *Discursos heterogéneos* (1925); *Crisopeya* (1931); *El acto ideatorio (las esencias y los valores)* (1934); *Geografía intelectual de México* (1937); *La persona humana y el estado totalitario* (1941); *Anticomunismo y totalitarismo* (1941); *El peligro del hombre* (1942) y muchas otras más en revistas de México y del exterior así como en periódicos en los que fue asiduo colaborador.

Le han recordado: *Homenaje de El Colegio Nacional al Maestro Antonio Caso*, México, Talleres de la Editorial Cultura, 1946, 29 p. Il.; Genaro Fernández McGregor, *Carátulas*, México, Ediciones Botas, 1935, p. 9 y ss; Alfonso Reyes "En memoria de Antonio Caso" *Cu. Ame.*, mayo-jun. 1946, p. 119-122; Samuel Ramos, "La filosofía de Antonio Caso" *Cu. Ame.*, mayo-jun. 1946, p. 122-133; Juan Hernández Luna, "Antonio Caso y el porvenir de América Latina", *Cu. Ame.*, mayo-jun. 1947, p. 123-130; Luis Villoro "Un

homenaje a Antonio Caso", *Cu. Ame.*, mayo-junio 1948, p. 127-130. Antonio Carrillo Flores, "Homenaje al Maestro Antonio Caso" (1883-1946), *BBSHCP*, No. 61. Suplemento, viernes 15 junio 1956, p. 1, 12; Jesús R. Castañón, "Bibliografía de Antonio Caso" *BBSHCP*, No. 61. Suplemento, 15 junio 1956, p. 2-5 y 8-12. Sus obras completas están prontas a aparecer editadas por la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional, con valiosos estudios de Eduardo García Maynes, Francisco Larroyo y otros pensadores. La compilación fue hecha por Rosa Kraus. También se han ocupado de él Abelardo Villegas en *La filosofía de lo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 235 p., p. 27-58, y Juan Hernández Luna en su libro dedicado a *El Ateneo de la Juventud*.

Fuente: *Discursos a la Nación Mexicana*, México. Imprenta Manuel León Sánchez, 1922, 251 p. p. 35-51.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Es tan grande la signación del descubrimiento de América para la civilización universal, que no parece caber propiamente en los términos de esta sencilla enunciación: no es América un nuevo teatro accesorio de la cultura europea, sino el asiento natural de su desenvolvimiento más firme; no es algo extrínseco y accidental, sino elemento imprescindible de su desarrollo. Sin América como una nueva patria, las posibilidades de éxito de la cultura de la humanidad se habrían disminuido considerablemente.

Las memorables odiseas de Vasco de Gama y Magallanes dieron a la civilización numerosas tierras de conquista y aprovechamiento mercantil, zonas de influencia política, protectores y colonias opulentas. Colón, en cambio, dio una nueva patria más amplia a los europeos. Brindó a Inglaterra una nueva Inglaterra, a España una Nueva España; al genio anglosajón un puesto de desarrollo y poder incomparable, mucho más rico y propicio para sus islas vernáculas; al genio latino una tierra nueva en la que pudiera perpetuarse a través de los siglos, en incesante evolución.

En Asia, en Africa, en los archipiélagos de Oceanía, Europa será siempre extranjera. En América nunca lo será. La civilización occidental se prolonga necesariamente en las vírgenes regiones americanas. Aquí se elaborará, en sus formas más altas, la cultura del mundo.

El tesoro supremo de la humanidad que la raza indo-europea principió a labrar en los tiempos prehistóricos o proto-

históricos en la sagrada meseta del Irán, y que, engrandeciéndose siempre, pasó, a través de las vicisitudes de la historia, de los indios y los persas a los griegos, de los griegos a los romanos, de los romanos en decadencia a los germánicos y, de éstos, al terminar la lenta y dramática gestación medieval, al mundo entero, en una irradiación incontenible, continúa y continuará su éxodo en el Continente de Colón.

Si Europa, que hoy sufre el horror de la más mortífera de las guerras fratricidas, sucumbiese al fin, para castigo ejemplar de su egoísmo, al embate de los pueblos asiáticos; si, por una gran calamidad histórica, no imposible en verdad, aun cuando fuere muy improbable, la raza mongólica redimida, organizada y militarizada por el Japón, cayese sobre los pueblos del Viejo Mundo y les venciera con el número, la fuerza y la disciplina de sus ejércitos, la civilización, claudicante en los pueblos que tanto la han amado, tendría siempre el refugio de este mundo celosamente defendido por las aguas libérrimas de sus océanos. Aquí, en nuestros climas, estarían su amparo y su porvenir. Si el progreso se contuviera en un mundo, arraigaría mejor en el otro. América asegura a la Civilización su inmortalidad.

Mas, no sólo en la hipótesis aciaga de tamaña catástrofe sería América —digamos mejor Colombia, como testimonio de filial gratitud—, tierra de promisión. Aun en el caso, por fortuna mucho menos remoto, del desarrollo concomitante de la cultura en ambos continentes, sin el acaecimiento de hecatombes apocalípticas; aun cuando, como hasta hoy, siguiera elaborándose conjuntamente por aquellas naciones y las nuestras el gran bien de los hombres, su razón final de luchar y existir, América representa el porvenir prefulgente en virtud de razones profundas que fácilmente estimará todo crítico imparcial.

Los pueblos europeos llevan consigo, como todos los pueblos, el principio de su destrucción. No serán inmortales. Ninguna cosa humana lo es, si se exceptúa el ideal; aunque tal vez el ideal sea la única cosa divina que existe. Y ya fuere víctima del militarismo constrictor, del socialismo libertario o del industrialismo desenfrenado y sobre-productor; o acaso por la síntesis de todas estas causas y otras más que desentrañaría un análisis minucioso, Francia, Alemania, Italia, las grandes y pequeñas potencias declinarán, menguarán, se convertirán en lugares de veneración para la humanidad, en santuarios de piadosa recordación.

Sólo España e Inglaterra tienen asegurada la inmortalidad. Roma sucumbió, pero queda su espíritu que alienta desde la Rumania de las expediciones de Trajano hasta la Iberia de Séneca y Marcial. Inglaterra y España sucumbirán; mas hay otra Inglaterra pujante —bien lo sabemos los mexicanos—, y muchas Españas heroicas en esta tierra de Colón.

“Si el gran navegante cuya magna proeza conmemoramos hoy, no cambia el día 7 de octubre la dirección de su ruta, que era de Este a Oeste, dirigiéndose al Suroeste, habría encontrado la Gulf-Stream, llevándole ésta hacia la Florida, y acaso desde allí al Cabo Hateras y a Virginia, incidente de inmensa importancia, porque hubiera podido dar a los Estados Unidos, en vez de una población protestante inglesa, una población católica española.” Así son los grandes sucesos históricos. Dependen muchas veces del acaso. Colón va del Este al Suroeste y nace la América Española; si se hubiera dirigido hacia el Oeste, quizás los puritanos ingleses hubieran fundado sus colonias en la América Central y la que fue Nueva España habría sido Nueva Inglaterra. Con razón opinaba Pascal que los atributos de la nariz de Cleopatra han sido de incalculable trascendencia en los destinos de la humanidad. Un golpe de timón dado al azar ordena la historia. El acaso es una ley suprema que generalmente no toman en cuenta los historiadores de la civilización. Mas el rumbo de las carabelas del genovés decidió de la historia en aquel día de octubre de 1492, y España emprendió la epopeya de la Conquista.

Ningún pueblo más apto para realizarla. Tenía todos los caracteres de las razas conquistadoras: el espíritu aventurero y heroico templado en la lid, la codicia incoercible, la imaginación exaltada, el entusiasmo, la fe. Durante siete siglos fueron los españoles los primeros adalides cristianos frente al mundo musulmán. Las cruzadas, simples episodios rítmicos de la historia de Europa, convirtiéronse en el ambiente genuino de la vida nacional. Caía puntualmente Bizancio bajo el yugo del Islam, cuando ellos en Occidente contenían el ímpetu de las aguerridas mesnadas sarracenas, alcanzando sobre la religión del Profeta una victoria secular. A partir de entonces, los reinos españoles, consagrados a la Iglesia Católica, mezclaron a los principios eternos del cristianismo la mayor dosis de violencia y dolor; y enérgicos y personales en su concepción de la fe, haciendo de la religión y la patria una sola idea y del Cristo de las bienaventuranzas el Cristo inflexible de la Inquisición, recibieron, como premio de sus hazañas

—así lo creyó al menos su exclusivo misticismo patriótico armado de la espada del cruzado y el anatema del inquisidor— junto con la consecución de la unidad política, merced a la feliz alianza dinástica de Castilla y Aragón, el Nuevo Mundo que el genio puso a las plantas de ambos reyes ilustres; el astuto Fernando, príncipe según la doctrina sutil que desarrollaría Maquiavelo, y la Gran Isabel, una de las mujeres más veneradas de la historia; símbolo perdurable de la unidad de España y la América que habla español.

Pero la cruzada sempiterna no terminó. Antes se hacía en el propio suelo y contra los moros invasores; después iba a prolongarse en el Nuevo Mundo en contra de otros infieles que, fuera de la verdad del Evangelio, habían realizado su misión histórica viviendo su pausada existencia misteriosa dentro de la conciencia colectiva de recias monarquías bárbaras, tan grandes e ilustres como las de Nínive y Babilonia, que evoca el Antiguo Testamento con sublime estupor.

Aquí, en la Mesa Central del Anáhuac, y en las encumbradas planicies del Perú, dos grandes imperios opulentos regían su propia vida ignorándose mutuamente, como si cada uno pudiera reivindicar, sin contradicción, para su propio orgullo, la leyenda de su origen celestial. Y en la Península que, como avanzada de la cultura autóctona, hunde y baña la frente en las aguas del Mar Caribe, el arte predilecto de los mayas, la revelación hierática por excelencia de la arquitectura, levantaba sobre el asombro de la tierra monumentos enigmáticos dignos de rivalizar con las construcciones ciclópeas de Menfis y de Tebas, en los que la majestad del conjunto no ahorró ciertamente el complejo primor de la decoración.

Naciones osadas y discretas que levantaron, a veces, como ha dicho un disertado orador, sus instituciones hasta la República, su poesía hasta la epopeya, su culto pagano hasta erigir al *dios desconocido* de Netzahualcóyotl pirámides de adoración, y “su ciencia hasta encerrar los días del año y las estaciones en un círculo de pórvido, desde cuyo centro el sacerdote revelaba la expedición misteriosa del Sol por el Zodíaco”. Incipientes repúblicas o grandes imperios feudales en los que la guerra, como para los españoles, era el culto común del dios y de la Patria, y que, aislados de la vida occidental, mostraban, no obstante, que sin auxilios extraños ni civilización europea puede la humanidad cumplir su destino y emprender su obra eterna bajo la paz de Dios.

Unos euanstos soldados españoles de esos que capitanearon

Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria y Alejandro Farnesio en las guerras de Europa; es decir, unos cuantos soldados invencibles, bajo las órdenes de Pizarro y Cortés, se lanzaron a la aventura sin rival. Camöens y Ercilla, épicos de la raza, han dicho en la pompa de sus reales octavas, brillantes como escudos de héroes, la audacia, el temor y la esperanza del alma ibérica abriéndose camino sobre el tiempo y el espacio con la punta de su acero triunfal. Mares y tierras nuevas salían al paso de los conquistadores. América mostraba ante sus ojos absortos la grandiosidad de su próspera naturaleza; los bananos y las palmeras de los llanos ardientes que apenas si se elevaban sobre el nivel del mar. En la pendiente de las cordilleras, en lo alto de los valles o en grietas húmedas y sombrías, los helechos arbóreos y el quino que produce la corteza antifebril. Los geométricos cactus espinosos que el sílice yergue y tuesta el sol. La rosa alpina de los Andes, magnífica *bejaría* que forma, como dice Humboldt, un cinturón purpurino en torno de los salientes picos. Los páramos fríos que azotan los huracanes. Los lagos silenciosos abiertos como pupilas a miles de metros sobre el mar y la blancura de la nieve en la cima de las montañas ungidas en la gloria del sol... Sobre esta naturaleza opulenta el cruzado de la historia plantó la Cruz.

Es decir, impuso con la nueva creencia la patria nueva. El pendón morado de Castilla es tanto raza como fe. Hernando Cortés y Francisco Pizarro traían no sólo una fuerza intacta, sino una religión o, lo que es igual, un espíritu nuevo. Ellos pudieron haber exclamado con el Apóstol: "Las cosas viejas pasaron y he aquí que todas son hechas nuevamente." Los ídolos americanos, *fetiches*, que dijeron los portugueses de los dioses africanos, habrían de doblegarse y desaparecer. Hombres de América y dioses de América debían ser vencidos. Principiaba la lucha pavorosa, la destrucción sistemática del pasado. Sobre el teocali la Iglesia, sobre el indio el español; y en las hecatombes de Cholula y Tenoxtitlan, se engendró, con el estruendo de un derrumbamiento mitológico, la raza nueva, nuestra raza hispana americana, que recibió el bautismo cristiano sobre un mar de sangre y de horror.

¿Por qué será preciso que en el origen de todo lo grande esté un sacrificio? ¿Por qué el martirio anunciará la redención? Tú lo sabes acaso, Inca Atahualpa. Cuautémoc, héroe, padre, señor, ¿por qué para la gloria de tus hijos te abrasó las plantas y al fin te ahorcó indefenso el Capitán castella-

no? Han dicho prudentes historiadores en su descargo, y los poetas lo dijeron también: el crimen fue del tiempo que corría, no de España. Profunda razón. ¿Permitiréis, sin embargo que un moralista sin *sentido histórico*, un moralista cristiano condene en el glorioso aniversario del Descubrimiento el frenesí de la Conquista? ¡Ah! nosotros los americanos amamos a España; sabemos que la Conquista fue todavía más implacable para el espíritu del indio que para su poderío material; sabemos que poco, muy poco queda de nuestra cultura autóctona y no vamos a perder el tiempo en deplorarlo; pero aquella *vieja lágrima* que ha cantado un poeta melancólico y sutil, la lágrima ardiente de la raza vencida, todavía cae silenciosamente sobre nuestro corazón y lo hace estremecer al recordar cómo se rompieron las entrañas palpitantes de nuestros abuelos bajo los cascos del caballo de Cortés.

Hay quienes, en frases amargas y desconsoladoras se han atrevido a negar el alma colectiva de la raza hispano-americana, declarando asunto de imaginación o escolástico devaneo su afirmación histórica. Hay quienes, escépticos o pesimistas, pretenden negar tan alta realidad decidiendo que tal espíritu colectivo no acierta a aparecer, al fin, con caracteres peculiares por ninguna parte. El escepticismo y el pesimismo no sólo ésta, sino otras varias realidades augustas han negado, para obligarnos a caer de rodillas ante fetiches pequeños e inadmisibles, ante sombras desprovistas de personalidad, ante individuos menos reales, menos individuales, diría yo, para marcar, dentro de tan exclusivo individualismo anarquista, mi pensamiento y mi convicción enteros.

Yo en cambio creo, como creéis sin duda vosotros, en la realidad de las intuiciones que proporcionan la llave de la explicación del universo y el norte firmísimo de la conducta humana; en esas formas substanciales de la vida, en esas síntesis arcanas de la humanidad; pueblos, patrias, nacionalidades o razas; sacrosantas afirmaciones que solidarizan a cada instante el pasado y porvenir con el presente, y que simplifican con verdadera simplificación la historia, la cual, pensada dentro de ellas, y no sólo a través del choque o la alianza de las actividades individuales, deja de ser un caótico y desproporcionado drama interminable, y se convierte en una tragedia luminosamente compleja, sí, infinitamente compleja y desconcertante en un principio, pero reducible, en suma, a la diafanidad metafísica de la ley y del orden, armoniosa y divina como una obra de arte.

Quando los hombres se unen entre sí por los vínculos de la lengua, la fe y las costumbres; cuando a través de los siglos arrastran su cadena de dolores, a la vez que confunden sus ideales inextinguibles y hermanan y unifican sus esperanzas inmortales, y lo que es más fundamental aún que todo eso, su aspiración incoercible por la justicia y el bien; entonces poco a poco se engendra y perfecciona el prodigio inefable: nace un alma colectiva suprema en la que se animan conjuntamente los espíritus, en la que se continúan tradicionalmente las generaciones, en la que la vida de los padres se infunde a los hijos, en la que los heroísmos se enlazan y se estrechan como en círculo de amor las esperanzas recónditas, en la que, finalmente, la muerte se aniquila, y de donde, como por amplísimo cauce de fecundante y silencioso río, fluyen milagrosamente la civilización y la vida. Esta alma de mil almas es la Raza, realidad que no alienta la efímera duración de la materia, sino que se perpetúa en el decurso del tiempo, creciendo y desarrollándose desde un principio y siempre en perenne evolución.

Ya comprenderéis cómo tal realidad reclama un culto propio. Comprenderéis toda la intensidad humana de los triviales epítetos que llaman a la Patria abnegada, santa, maternal; comprenderéis también todo el alcance de la insigne fórmula moral que exige el sacrificio como ofrenda de filial gratitud, porque acaso penséis conmigo que el culto es algo espontáneo del espíritu que se exterioriza sensiblemente en forma de acciones, ritos e imágenes, para afirmar la evidencia de seres que afectiva y racionalmente nos dominan.

Toda cosa noble y alta que sentimos nuestra, pero no porque la poseamos o abarquemos por completo, porque entonces la consideraríamos como accesorio o prolongación de nuestra personalidad; toda cosa de la cual participamos, pero que nos excede tanto, tantísimo como exceden las cosas religiosas a las demás que no lo son por completo, hace conmovirse el fondo de nuestro ser, obliga a nuestros labios a prorrumpir en alabanzas, mientras graban nuestras manos su símbolo religioso y cantan nuestros corazones con ritmo solemne la grandeza milagrosa de su significación ideal.

Así la Patria, la Raza, de las cuales participamos todos, pero que nos subyugan por dictamen de nuestro íntimo *sentimiento de dependencia*, como diría el místico Tolstoi, nos obligan, por prescripción irrefragable, a prestarles culto, impo-

niéndonos su severa liturgia y consagrándonos en la ternura de su amor, definitivamente fieles... ¡La Patria!...

Yo la he visto en estas claras noches de octubre vagando en la penumbra del inmenso valle al pie de las altas montañas. Atribulada como las vírgenes de la antigua tragedia, sueltos al aire sus cabellos, sus amplias vestiduras desgarradas y el ceño milagroso agobiado de pesadumbre. Ennegrecida su frente con el humo de la pólvora homicida, el seno amantísimo salpicado de sangre, crispados sus brazos y exánimes por sostener, ellos solos, en la desgracia de los hijos, el tesoro de humanidad que creían suyo, y en su rostro divino el pálido temor de perder en un día la herencia secular de las generaciones. Yo la he visto, después, erguida sobre sus tribulaciones infinitas, firmes sus rodillas, indómitas sus manos y el corazón inflamado de ira sagrada, "calzados los divinos talares que la llevan como a la inmortal Athenea por encima del mar y de la tierra inmensa con la rapidez del viento, asiendo su lanza fornida, de puntas de bronce, ponderosa, lengua, robusta, con que destruye filas enteras de hombres siempre que contra ellos monta en cólera"; y airada y magnífica nos lleva la delantera de la victoria, mientras que en el seno lúgubre de campos y ciudades retumbaba el cañón.

¡Basta ya de crímenes en la historia de América! Ya es tiempo de que los pueblos de esta parte del mundo demostremos nuestra aptitud para la civilización; de que los mexicanos especialmente, lejos de matarnos unos a otros como lo hemos hecho con singular predilección desde que se consumó la Independencia nacional, sepamos cumplir nuestro destino en la tierra y en la historia, frente al gran pueblo sajón de allende el Bravo, como avanzadas de la Raza, del *fantasma homérico* involucrado en nuestras tradiciones y que sería capaz de llevarnos al sacrificio por defender los fueros eternos de la humanidad...

Que la conciencia de nuestra propia patria y de la raza hispano americana nos lleve de nuevo a honrar a Colón. El fue la idea que se volvió realidad, el sueño que se hizo mundo, el anhelo que cuajó en humanidad... ¡Maravillosas equivalencias del Destino! Honremos al navegante esforzado, al vidente, al inmortal. Los griegos lo habrían hecho un dios. Hagamos de él un padre los americanos. Ellos habrían cantado su leyenda como fueron cantando las leyendas de Prometeo, robador del fuego divino, de Aquiles homérico, del ingenioso Ulises que tantas veces lanzó su nave sobre la líquida llanura del

mar. Colón, profundo como Ulises y audaz como Prometeo, robó al viejo dios Océano la Atlántida y la entregó a los hombres estupefactos de su siglo y de todos los siglos para hacer de ella una morada próspera y feliz. Inclinémonos ante su gloria, y que cada año, al volver octubre, se decore la proa de las milagrosas carabelas con las palmas simbólicas y las coronas de laurel.